

La Década Revolucionaria, mito y frustración*

Jorge Luján Muñoz**

Pocos períodos de nuestra historia tienen una doble vertiente tan evidente de *mito y frustración*. *Mito* en el sentido que es una década que muchos recuerdan o valoran con matices de casi exaltación mítica; y, a la vez, de *frustración*, porque se trató de un proceso lamentablemente interrumpido por una reacción en la que hubo una condenable intervención extranjera. Es común decir que el inicio de la guerrilla y del proceso de violencia, que duró desde 1960 hasta 1996, fue un producto indirecto o reacción ante dicha contrarrevolución. Muchos autores, simplificando, hasta afirman que nuestro atraso y situación actuales son resultado de ese proceso interrumpido.

Los historiadores no podemos ni debemos ocuparnos de lo que pudo haber sido. Nuestro esfuerzo se dirige a la comprensión y explicación de lo que efectivamente sucedió, de manera que no podemos distraernos en ese tipo de ejercicios imaginativos de que habría sido de Guatemala si la Liberación, apoyada y financiada por Estados Unidos, a través de la Central Intelligence Agency (CIA), no hubiera derrocado a Jacobo Arbenz.

También es común comparar el proceso de la caída de Jorge Ubico y Federico Ponce con el del derrocamiento de Manuel Estrada Cabrera, en marzo y abril de 1920, así como los gobiernos inmediatos. No hay duda de que hay similitudes, sobre todo en cuanto a que en ambos se trató de acciones fundamentalmente urbanas (o capitalinas) de amplia participación popular, después de prolongadas dictaduras. También en los dos la oposición estuvo dominada por las nuevas generaciones, especialmente profesionales, estudiantes y maestros, aunque también hubo participación obrera y artesanal, así como de otros sectores, incluyendo, en ambos el militar, que actuó tanto a favor como en contra de los dictadores. Sin embargo, opino que los procesos posteriores (lo más importante en este tipo de comparaciones), tienen diferencias fundamentales. Los nuevos gobiernos que surgieron después de las dictaduras y los que se fueron sucediendo muestran importantes contrastes. En ambos casos los procesos duraron alrededor de una década, antes de que se volviera a regímenes dictatoriales. Sin embargo, el gobierno de Carlos Herrera apenas se extendió durante año y medio (de abril de 1920 a diciembre de 1921), y luego vinieron dos presidencias encabezadas por generales que se decían “liberales” y que no llegaron a terminar sus mandatos por razones de salud. En cambio, en el segundo caso, Arévalo completó el sexenio y entregó la presidencia al popularmente electo: Jacobo Arbenz.

Hay que reconocer que en ambos de los procesos estudiados, los acontecimientos mundiales tuvieron importantes efectos. En el primer caso, fue el ejemplo de la ineficacia de las democracias en Europa en la década de 1920 y el acceso de gobiernos autoritarios (los de B. Mussolini y A. Hitler), además de la gran crisis de 1929-30. En cuanto a la década revolucionaria, el elemento internacional más influyente fue la llamada Guerra Fría, tras la Segunda Guerra Mundial, y la histórica reacción anticomunista en Estados Unidos, ejemplificada por el Senador Joseph McCarthy (1908-1957).

** Publicado en el suplemento *diálogo*, No. 37, octubre de 2004.

* Historiador y abogado por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Titular de la Cátedra “J. Joaquín Pardo”, del Departamento de Historia, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle de Guatemala.

Me parece, sin embargo, que la década revolucionaria tiene más similitudes con el proceso de la República de Centro América, desde la Asamblea Nacional Constituyente de 1824-25 hasta el fin de la República, alrededor de 1838-39. El inicio de los procesos en las dos épocas se caracterizó por lo que se puede llamar un “notorio rezago cívico y político”, e inexperiencia democrática, que facilitó una polarización irreconciliable: por un lado los conservadores, tradicionalistas y “cachurecos”, que no querían sino cambios menores y cosméticos, con un ritmo ultra cauteloso, e íntimamente asociados a la Iglesia católica. Por el otro, los radicales liberales, que buscaron, con urgencia la modernización para “regenerar” el país y ponerse al nivel de los países avanzados que asumieron como modelo. Querían una nación moderna, con libertad de cultos y una Iglesia sin poder. Ambas posiciones fueron igualmente intolerantes e irrespetuosas del contrario. Los moderados, en diversos grados entre ambos polos, se vieron incapacitados de actuar por el curso de los acontecimientos, la falta de experiencia, la inexistencia de organizaciones políticas y el tradicionalismo de la alta jerarquía de la Iglesia. No hay que olvidar que la mayoría de la población (indígena y no indígena) era rural y tradicionalista, compuesta por campesinos analfabetos, que preferían el orden y la seguridad a cualquier ensayo de modernización. La rapidez de los acontecimientos, internos y externos, fue enorme y los enfrentamientos militares hicieron imposible la reconciliación. En el caso de la Federación de Centro América, la potencia extranjera que intervino fue la Gran Bretaña.¹ Con unas pocas modificaciones, en los nombres de los protagonistas y las tendencias, así como de otros detalles, casi lo mismo sucedió a partir de 1945. El resultado fue que se hizo inviable la evolución “ordenada y normal”.

La caída de Ubico y el derrocamiento de su inepto sucesor supusieron el fin del liberalismo anticlerical, iniciado en 1871. A partir de 1945 prácticamente desaparecieron de nuestra nomenclatura política el liberalismo y el conservadurismo, aunque no las tendencias a que esos nombres se referían. La vida política “normal” y auténticamente democrática que trató de iniciarse en 1945, encontró a una Guatemala rezagada, sin partidos políticos ni grupos de presión e interés. Esas carencias de organización y experiencias políticas se superó muy lentamente.

Lo que se ha llamado “la oligarquía” ni siquiera contaba con las cámaras empresariales, que había suprimido Ubico. Esos sectores tenían una enorme ignorancia política y un gran temor a todo lo que fuera libre juego político. Se encontraron “desesperados” por su incapacidad de accionar político y ante la realidad de su constante minoría en el Congreso de la República. Hicieron una oposición torpe, y pronto algunos de ellos recurrieron a la conspiración y el intento de golpe de Estado. Resulta tragicómico y paradójico que el presidente Arévalo, electo con más de 85% de los votos, se encontrara apenas meses después enfrentando ese tipo de intentos. Los partidos de gobierno y el nuevo sector sindical pudieron organizarse más rápidamente y contaron, cada vez más, con amplios apoyos en todo el país.

Si bien el “rezago” político del país fue un elemento importante para dificultar la vida política guatemalteca en aquella década, hubo otros factores que hoy podemos ver como determinantes para desembocar en la “contrarrevolución liberacionista”. Algunos provinieron de dentro del régimen, otros fueron nacionales pero externos al gobierno, y otros fueron internacionales.

Aunque los partidos afines al gobierno dominaron la vida política durante el sexenio arevalista, hubo rencillas entre ellos. Al principio el más fuerte fue el Frente Popular Libertador (FPL), pero al final del período se había debilitado, lo mismo que el Partido Renovación Nacional (RN), mientras que se había fortalecido el

¹ Especialmente en la historiografía liberal tradicional el “culpable” o “chivo expiatorio” del fracaso de la Federación es el Cónsul británico Frederick Chatfield. Sin embargo, el excelente trabajo de Mario Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat in Central America Frederick Chatfield, Esq.* (Tucson: The University of Arizona Press, 1964), demuestra el papel tardío del famoso cónsul británico.

Partido de Acción Revolucionaria (PAR), donde estaban los políticos más radicales y activos. Muchos de los diputados y líderes eran muy jóvenes e inexpertos, y, a la vez, algunos cometieron imprudencias en su afán por modernizar el país. Hubo escándalos y casos de corrupción, que supo explotar la oposición, la cual sólo era fuerte y efectiva en la capital, donde obtuvo la alcaldía a partir de 1948.

El gobierno cometió errores e imprudencias que a la larga tuvieron un alto costo. Un primer problema provino, inesperadamente, de la reactivación de la política de recuperación Belice. Esto puso las relaciones con Gran Bretaña en una situación tensa y ese país utilizó su posición privilegiada con Estados Unidos para socavar el prestigio del gobierno guatemalteco en aquel país y tildarlo de comunista.²

Otro error, aún más grave, fue la participación en la llamada “Legión del Caribe”, que tenía el propósito apoyar acciones militares para el derrocamiento de las dictaduras de Anastasio Somoza, en Nicaragua, y Rafael Leonidas Trujillo, en la República Dominicana. Fue un fracaso pero se logró el odio beligerante de ambos dictadores, que hicieron lo posible por desprestigiar a Arévalo en Estados Unidos, donde tomaba fuerza el temor anticomunista de la Guerra Fría.³ Las relaciones con aquel país se fueron deteriorando. Se apreciaba a Arévalo como un gobierno “incómodo”, cercano a los comunistas y enemigo de las empresas estadounidenses, ya que contra ellas se enfocaba parte de la lucha obrera.⁴ Asimismo, la política exterior fue innecesariamente provocativa y desafiante contra Estados Unidos. Hubo casos en que el voto guatemalteco en Naciones Unidas se alineó con la Unión Soviética, o cuando la muerte de José Stalin, en marzo de 1953, que el Congreso decretó duelo nacional.

Un hecho que marcó el futuro político del país fue la muerte del Jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Francisco Javier Arana, el 18 de julio de 1949, pocas semanas después del sonado fracaso de la invasión de Luperón. Desde tiempo atrás se había desarrollado una rivalidad entre los dos ex miembros militares de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Arana y Arbenz, a los que diferentes grupos políticos se acercaban a para proponerles la candidatura presidencial en las elecciones de 1950. Por su parte, Arévalo había indicado que prefería un candidato civil. Además, había fundadas sospechas de que Arana pensaba en la posibilidad de dar un golpe de Estado, al que lo incitaban algunos de sus partidarios. La salida que se encontró fue apresar a Arana para llevarlo ante el Congreso y que éste lo destituyera. El intento de detenerlo, en el puente Gloria, en Amatitlán, fracasó y murieron Arana y su ayudante, así como el coronel Enrique Blanco, subdirector de la Guardia Civil, quedando heridos el chofer de Arana y el mayor Alfonso Martínez, diputado en el Congreso, que estaba al mando del grupo que iba a detenerlo. En lugar de decir el gobierno lo que realmente había sucedido, no sólo se ocultó sino que se quiso echar la culpa a los “reaccionarios”.⁵ La mentira no pudo

² Sobre este tema véase, Sharon L. Meers, “Triángulo de las Relaciones entre Gran Bretaña, Estados Unidos y Guatemala, 1945-1954”, en, *Historia General de Guatemala*, Jorge Luján Muñoz, Director General; tomo VI: *Época Contemporánea, 1945-1996*, J. Daniel Contreras, Director del Tomo (Guatemala: Asociación de Amigos del País-FUCUDE, 1997), pp. 41-43. Según Meers, p. 42, el embajador británico en Guatemala, Willfred Gallienne, tuvo el temor de que la Legión del Caribe, a que se hace referencia a continuación, pudiera invadir Belice, y así lo informó a la Embajada estadounidense en Guatemala.

³ El primer intento fue contra Trujillo, preparado en Cayo Confites en Cuba, en 1947, que abortó, y dos años después se llevó a cabo la fracasada invasión de Luperón, en junio de 1949, organizada en Guatemala. Los invasores fueron capturados y algunas de las armas decomisadas habían sido adquiridas por el gobierno de Guatemala (a través del Ministerio de la Defensa; es decir, Arbenz) en Estados Unidos. Véase, Charles D. Ameringer, *The Caribbean Legion: Patriots, Politicians, Soldiers of Fortune* (University Park: The Pennsylvania State University, 1996), pp. 27-60 y 97-116.

⁴ Esa fue la postura asumida por el nuevo embajador estadounidense, Richard Patterson, quien sustituyó a finales de 1948 a Edwin J. Kyle, Jr., más comprensivo de la situación guatemalteca. Como es sabido, Arévalo solicitó el retiro de Patterson a principios de 1950, cuando acusó de comunistas a varios miembros del gabinete y pidió públicamente su renuncia.

⁵ Aparentemente el responsable de esta decisión fue el propio Arévalo.

mantenerse, pero produjo en mucha gente un sentido de culpabilidad contra Arbenz.⁶

Con la desaparición de Arana, la derecha y el centro derecha perdieron a su mejor candidato. Arbenz fortaleció sus aspiraciones, mientras que Arévalo, si bien superó el alzamiento militar que se produjo de inmediato, salió debilitado, teniendo que depender cada vez más del apoyo que proporcionaba Arbenz, lo cual imposibilitó que el Presidente estuviera en condiciones de maniobrar en la escogencia de candidatos.

En las elecciones de 1950, tanto la derecha como el gobierno, presentaron varias candidaturas. Los candidatos más fuertes fueron Arbenz, que resultó triunfador, y el general Miguel Ydígoras Fuentes, por la oposición anticomunista, que obtuvo un lejano segundo lugar. No hay duda en cuanto al triunfo de Arbenz, a pesar de que se denunciaron irregularidades en la campaña y las elecciones, ya que el ganador contó con apoyo de sectores gubernamentales.

El programa del Segundo Gobierno de la Revolución, que fue cuestión importante en la campaña, comprendía tres aspectos esenciales de claro sentido nacionalista: la construcción de una carretera asfaltada al Atlántico y de un puerto moderno nacional (a fin de librar al país de su dependencia del ferrocarril y muelles en manos de empresas estadounidenses), la construcción de una hidroeléctrica en Jurún-Marinalá, en el río Michatoya (para debilitar el monopolio de la Empresa Eléctrica, también de aquel país), y una reforma agraria. Este punto no se había desarrollado en detalle, pero en la campaña se ofreció a los campesinos repartir tierras. Este sería el tema más sensitivo de su gobierno, tanto en la etapa de elaboración (sin tomar en cuenta las propuestas de los finqueros), como en su aplicación, después de su promulgación, el 17 de junio de 1952.⁷

Otro tema motivo de creciente preocupación general, incluso dentro de los mandos militares, fue la influencia de los miembros del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), comunista, tanto en el gobierno como directamente en el propio presidente. Esto hizo crisis en 1954, al mismo tiempo que se tuvo la seguridad de que se preparaba una invasión encabezada por Carlos Castillo Armas, con apoyo de la CIA; lo cual confirmó el gobierno en enero gracias a la información del nicaragüense,⁸ Isaac Delgado. Ante esa amenaza se adquirieron armas livianas en Checoslovaquia, que llegaron a Puerto Barrios el 14 de mayo de 1954, sin conocimiento del Ejército.⁹ Estados Unidos denunció el asunto, que sabía con anterioridad. Todo ello dejó muy mala impresión entre los altos mandos militares, que presentaron una especie de ultimátum al Presidente, solicitando la inmediata salida de los comunistas del gobierno. Hubo una reunión en la que Arbenz sostuvo que los comunistas estaban colaborando eficientemente y que no era momento para desavenencias. Pensó haberlos convencido, pero los oficiales salieron descontentos, decididos a no pelear en caso de invasión, mientras el Presidente creía que sí lo harían.

La invasión, desde Honduras (ya no la hubo desde El Salvador), se produjo entre el 17 y el 18 de junio.¹⁰ Una columna tomó Esquipulas sin resistencia, mientras otras dos eran derrotadas, una en Gualán y la otra por

⁶ El más completo estudio sobre este hecho es el cap. 3 de Piero Gleijeses, *Shattered Hope, the Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954* (Princeton: Princeton University Press, 1991), pp. 50-71, que apareció en español en, *Mesoamérica*, 24 (1992), 385-412. Véase también, M. A. Flores, *Fortuny: un comunista guatemalteco* (Guatemala: Editoriales De León Palacios-Palo de Hormigo-Universitaria, 1994); *Memorias de José Manuel Fortuny* (Guatemala: Ed. O. De León Palacios, 2002), pp. 83-5; y, J. Luján M., *Breve Historia Contemporánea de Guatemala* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998), 262-5.

⁷ Véase, J. Luján M., *op. cit.*, pp. 269-74, y la bibliografía allí indicada.

⁸ *Ibid.*, 276-7.

⁹ En la compra de armas intervinieron Alfonso Martínez Estévez y J. M. Fortuny, quien afirma que la idea era dárselas al pueblo. *Memorias de José Manuel Fortuny*, pp. 119-22.

¹⁰ Además de la CIA, la Liberación contó con el apoyo de Trujillo y Somoza. Un elemento esencial en el desarrollo de las operaciones fue la superioridad aérea. Muchos vuelos de los aviones se originaban en Nicaragua.

mar en Puerto Barrios. Se entró en un impasse, luego de la toma de Chiquimula. El gobierno optó por una gestión diplomática ante Naciones Unidas, que contó, por supuesto, con la oposición de Estados Unidos, que decía que la gestión debía de hacerse en la OEA. El hecho es que el Ejército no hizo frente a los invasores y Arbenz renunció el 27 de junio, sin consultar con su gabinete ni seguir los canales constitucionales, ya que en lugar de presentar su renuncia al Congreso depositó el cargo en el Jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Carlos Enrique Díaz.¹¹ El gobierno se desmoronaba y terminaba prematuramente la *Era de la Revolución*.

Tras la caída del régimen se descubrieron fosas comunes con personas de la oposición que habían sido torturadas y asesinadas por la Guardia Civil y la Policía Judicial. Nunca antes en el pasado reciente de Guatemala se había visto nada semejante. Eso terminó de desprestigiar al régimen, aunque actualmente, a décadas de distancia y ejemplos más numerosos de violencia y asesinatos, el caso se vea disminuido.

Hoy, la mayoría de los guatemaltecos, que no vivieron los hechos, sólo recuerdan de esa década sus grandes conquistas y avances políticos y sociales. Se mencionan sus logros y se olvidan sus limitaciones y errores. La intervención de Estados Unidos (en un principio negada u ocultada) ha sido objeto de denuncia en muchos libros, buena parte de ellos producidos por autores estadounidenses, con base en documentación de aquel país. Esa intervención dejó un sabor amargo, odios y frustración, además de exiliados, muertos y perseguidos. Los sucesivos gobiernos fueron ineptos y corruptos, e incapaces de resolver los problemas nacionales. Ya durante el régimen de Ydígoras (1958-63) se iniciaron los intentos guerrilleros, que desembocaron en los 36 años de guerra interna.

Las transformaciones ocurridas entre 1944 y 54 fueron profundas y en buena parte irreversibles. A pesar de que se ha dicho que la Liberación supuso volver a la época de Ubico, ello es una exageración. Sí se anuló la reforma agraria y se acabó con las organizaciones populares y políticas afines a los caídos. Sin embargo, hubo cambios que permanecieron, aunque disminuidos (el Código del Trabajo, la seguridad social, la autonomía universitaria y municipal, etc.). Incluso se terminó la construcción de la carretera al Atlántico, el puerto de Santo Tomás y la hidroeléctrica de Jurún-Marinalá.

Si bien en los gobiernos revolucionarios hubo libertad de expresión y juego democrático, no puede negarse que se cometieron abusos y excesos por los partidarios gubernamentales, así como que se dieron casos de corrupción y enriquecimiento ilícito. En ese sentido, los líderes comunistas fueron, en general, ejemplos de honestidad y entrega, aunque algunos cometieron acciones imprudentes y provocadoras.

Hoy se puede comprender mejor lo que supuso esa década y se lamenta que no haya sido diferente y que se interrumpiera en forma violenta y con intervención extranjera. Asimismo, se puede afirmar que la *Liberación* tuvo, a largo plazo, un alto costo para Guatemala. Estados Unidos consiguió su objetivo, pero ello fue el inicio de una grave polarización en el país. A más de medio siglo de distancia, ha llegado el momento de que los guatemaltecos hagamos una interpretación a fondo de esta época.

¹¹ Detalles de la renuncia del Presidente y la declaración de Fortuny que él redactó la nota de renuncia, pueden verse en, *Memorias de...*, pp. 126-9.